

## «AQUÍ VIVE NADIE»



En la puerta de la casa del profesor Guiliárov había una placa de cobre con la inscripción: AQUÍ VIVE NADIE.

Guiliárov daba clases de historia de la filosofía en la Universidad de Kiev. Canoso, sin afeitarse, con una holgada chaqueta de lustrina salpicada de ceniza de tabaco, subía a la tribuna con paso apresurado, se agarraba a los bordes con sus manos enjutas y comenzaba a hablar apagada e ininteligiblemente, como de mala gana.

Al otro lado de las ventanas del aula, los jardines de Kiev ardían dorados sin posibilidad de apagarse.

El otoño en Kiev siempre se alargaba. El verano austral acumulaba en los jardines de la ciudad tanto calor del sol, tanto verdor y tanto aroma de flores que daba pena abandonar esta riqueza y entrar en el otoño. Casi todos los años el verano interfería en la rutina diaria y retrasaba su marcha.

En cuanto Guiliárov se ponía a hablar, los estudiantes perdíamos el contacto con lo que nos rodeaba. Seguíamos los vagos murmullos del profesor, hipnotizados por el milagro del pensamiento humano. Guiliárov nos lo revelaba sin prisa, casi enfadado. Grandes épocas resonaban unas dentro de otras. Sentíamos que el flujo del pensamiento humano no podía dividirse en partes, que resultaba casi imposible trazar dónde terminaba la filosofía y dónde empezaba la poesía y dónde la poesía daba paso a la vida ordinaria.

A veces Guiliárov sacaba del bolsillo de su chaqueta un volumen de poesía con un búho, el ave de la sabiduría, impreso en la cubierta y leía algunas líneas para apoyar sus discursos de filósofo:

... Si hoy nuestro sol  
olvidara realizar su camino,  
mañana el pensamiento de algún loco  
iluminaría el mundo entero.<sup>1</sup>

En ocasiones, la barba incipiente de las mejillas de Guiliárov se erizaba y sus ojos entrecerrados se reían. Así sucedió cuando Guiliárov nos habló del conocimiento en sí mismo. Después de aquel discurso comencé a tener fe en el poder ilimitado del conocimiento humano.

Guiliárov nos gritaba sin más. Nos ordenaba que no enterráramos nuestras capacidades. Nos decía que teníamos que trabajar endiabladamente para extraer de nosotros mismos todo lo que nos es inherente. Así es como el director experimentado obtiene los más maravillosos sonidos de la orquesta y consigue que el instrumentista más testarudo saque la máxima expresividad de su instrumento.

—El ser humano —decía Guiliárov— debe comprender, enriquecer y embellecer la vida.

El idealismo de Guiliárov estaba teñido de amargura y constante pesar por su paulatino declive. Entre las muchas expresiones de Guiliárov recuerdo las palabras «sobre el último ocaso del idealismo y su pensamiento agonizante».

Este viejo profesor, cuyo aspecto recordaba a Émile Zola, despreciaba abiertamente a los burgueses acomodados y a la intelectualidad liberal de la época.

<sup>1</sup> Versos del poeta francés Pierre-Jean de Béranger (1780-1857), cuyas obras poseían un fuerte contenido político. (*N. del T., como todas las demás*).

Esto tenía relación con la placa de bronce de su puerta, que proclamaba la insignificancia del ser humano. Comprendimos, por supuesto, que esa placa la había colocado Guiliárov para fastidiar a sus muy decentes vecinos.

Guiliárov nos decía que el ser humano debe enriquecer la vida. Pero nosotros no sabíamos cómo había que hacerlo. Pronto llegué a la conclusión de que para ello era necesario expresarse con la mayor plenitud, en una estrecha conexión con el pueblo. Pero ¿cómo? ¿Con qué? Escribir me pareció el modo más acertado. Así nació la idea de que escribir sería mi único camino.

A partir de entonces dio comienzo mi vida adulta, a menudo difícil y, con menor frecuencia, alegre, pero siempre convulsa y tan diversa que resulta fácil confundirse al recordarla.

Mi juventud empezó en los últimos años de instituto y terminó junto con la Primera Guerra Mundial. Terminó, quizás, antes de lo que hubiera debido. Pero mi generación ha vivido tantas guerras, conmociones, pruebas, esperanzas, trabajo y alegrías que para ello habría sido necesario reunir varias generaciones pasadas.

En el tiempo que Júpiter tarda en completar su órbita alrededor del sol, hemos vivido tantas cosas que solo de recordarlo se me encoge el corazón. Por supuesto, nuestros descendientes nos envidiarán por ser partícipes y testigos de los grandes cambios habidos en el destino de la humanidad.

La universidad era el centro del pensamiento progresista de la ciudad. Al principio me impresionaba, como a la mayoría de los novatos, y me apabullaba encontrarme con los veteranos, sobre todo con los «eternos estudiantes». Esos tipos barbudos de pantalones raídos y desabrochados nos miraban a los de primer curso como si fuéramos cachorros estúpidos.

Además, después del instituto, tardé en acostumbrarme al hecho de que ya no era necesario en absoluto asistir a clase y que durante las horas lectivas podía quedarme en clase a leer libros o vagar impunemente por la ciudad.

Poco a poco me acostumbré a la vida universitaria y me encantó. Pero no las clases ni los profesores (había pocos profesores con talento), sino la propia naturaleza de la vida de estudiante.

Las clases seguían su propio orden en las aulas, y la vida estudiantil —muy agitada y ruidosa— también seguía su propio orden, de forma totalmente independiente de las clases, en los largos y oscuros pasillos de la facultad.

Durante todo el día, en esos pasillos hervían discusiones y reuniones ruidosas, se encontraban los paisanos y las distintas facciones políticas. Los pasillos estaban siempre ahogados por el humo del tabaco.

Por primera vez tuve conciencia de las fuertes y violentas diferencias entre los bolcheviques, los eseristas, los mencheviques, los bundistas, los dashnakí, los «verdaderos» ucranianos y el partido Poaléi Tsión.<sup>2</sup> Pero resultó que los representantes de estos partidos se unieron contra un enemigo común, los estudiantes a los que llamábamos «señoritingos», miembros de las Centurias Negras<sup>3</sup> dentro de la Unión Académica. Las batallas con los señoritingos llegaban a menudo a las manos, sobre todo cuando intervenían los Compatriotas Caucásicos.

En el fragor de estas pasiones ya se podía sentir la llegada de los nuevos tiempos. Y resultaba extraño que aquí, a pocos pasos, tras las puertas de las aulas, venerables y canosos profesores disertaran en aburrido silencio sobre las costumbres comerciales de las ciudades hanseáticas o sobre lingüística comparada.

<sup>2</sup> Eseristas: militantes del Partido Social-Revolucionario, de ideología socialdemócrata (su apelativo proviene de las siglas en ruso para «social-revolucionario»: SR); Bundistas: militantes del Bund, Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia, partido socialista opuesto al sionismo; Dashnakí: militantes del Dashnaktsutiún (Federación Revolucionaria Armenia) partido nacionalista armenio de ideología socialdemócrata; Poaléi Tsión (Trabajadores de Sion): partido sionista judío de ideología socialista.

<sup>3</sup> Organización fascista rusa fundada en 1900 y desaparecida en 1917.

Durante aquellos años previos a la Primera Guerra Mundial, muchos presagiaban la llegada de una tormenta, pero no podían prever la fuerza con la que caería sobre la tierra. Al igual que antes de una tormenta, el ambiente era sofocante en Rusia y en el mundo. Pero el trueno aún no había estallado y eso tranquilizaba a la gente miope.

Las alarmas en la niebla matinal a las afueras de Kiev, cuando las fábricas se declaraban en huelga, las detenciones, las deportaciones, los cientos de proclamas... Todo aquello no eran otra cosa más que los rayos de una tormenta lejana. Solo un oído sensible podía captar el estruendo del trueno que los seguía. Por eso, cuando se produjo su primer y ensordecedor estallido en el verano de 1914, cuando comenzó la guerra, dejó a todo el mundo sobrecogido.

Nosotros, los estudiantes de instituto, aunque juramos no hacerlo, nos perdimos la pista de inmediato. Llegó la guerra, luego la revolución, y desde entonces no he vuelto a ver a casi ninguno de mis compañeros de clase. El alegre Staniszewski, el filósofo de andar por casa Ficowski, el reservado Schumckler, el tranquilo Matusévich y Bulgákov, veloz como un ave, desaparecieron en alguna parte.

Yo vivía solo en Kiev. Mi madre, mi hermana Galia y mi hermano Dima, que estudiaba en el Instituto Tecnológico, vivían en Moscú. Mi hermano mayor, Boria, también vivía en Kiev, pero apenas nos veíamos.

Boria se casó con una chica bajita y regordeta. Ella siempre llevaba un kimono japonés morado con grullas bordadas. Boria se pasaba el día con sus diseños de puentes de hormigón. Su oscuro despacho estaba cubierto de madera de roble y olía a fijador. Los pies se pegaban al suelo barnizado. Tenía las paredes llenas de fotografías de la belleza de fama internacional Lina Cavalieri<sup>4</sup> sujetas con chinchetas oxidadas.

<sup>4</sup> Lina Cavalieri (1874-1944). Soprano y actriz italiana.

A Boria no le gustaba mi fascinación por la filosofía y la literatura. «Tienes que abrirte camino en la vida», me decía. «Eres un fantasioso. Igual que papá. Entretener a la gente no es un trabajo serio».

Boria creía que la literatura solo servía para entretener a la gente. Yo no quería discutir con él. Quería proteger mi amor por la literatura de miradas hostiles, así que dejé de ir a casa de Boria.

Yo vivía con la abuela en las verdes afueras de Kiev, en Lukiánovka, en un pabellón en las profundidades del jardín. Mi casa estaba llena de tiestos con fucsias. No hacía otra cosa más que leer hasta quedar exhausto. Para recuperar el aliento salía al jardín por las tardes. Allí respiraba el aire del otoño y observaba el cielo estrellado sobre las ramas.

Al principio la abuela se enfadaba y me llamaba para que entrara en casa, pero luego se acostumbró y me dejó en paz. Solo me decía que gastaba mi tiempo *sine sensu*, es decir, sin sentido, y que terminaría con una tisis de caballo.

Pero ¿qué podía hacer la abuela frente a mis nuevos amigos? ¿Qué objeción podía ponerles a Pushkin, a Heine, a Fet, a Leconte de Lisle, a Dickens o a Lermontov?

Al final, a la abuela no le quedó más remedio que darme por imposible. Encendía en su habitación una lámpara con pantalla de cristal rosa con forma de un gran tulipán y se sumergía en la lectura de las interminables novelas polacas de Kraszewski. Pero yo recordaba aquellos versos que decían que «en el cielo, como una llamada del alma, / titilan las pestañas doradas de las estrellas».<sup>5</sup> Y el mundo me parecía depositario de multitud de joyas, como el de esas pestañas doradas de las estrellas. Creía que la vida me depararía gran cantidad de placeres, de encuentros, de amores y tristezas, de alegrías y sobresaltos. Y en esa premonición se encontraba la

<sup>5</sup> Versos del poema de Afanasi Fet *Exhausto por la vida, por la traición de la esperanza* (1864).

felicidad sin fin de mi juventud. Si se haría realidad o no, el futuro lo desvelaría.

Pero ahora, como solían decir los antiguos actores de teatro al público antes de la representación, «les presentaremos diferentes hechos de la vida y nos esforzaremos por hacerles reflexionar sobre ellos, llorar y reír».